

Daniel Belmar

DESEMBOCADURA

EDICIONES
RENOVACION

Deposito legal
29 SEP 1953
Biblioteca de Imp. y Bibl.

Antología Autores Actuales

DIRIGE LA A. A. A:

ARMANDO MENEDIN

DANIEL BELMAR

Desembocadura

Santiago de Chile

1953

Nace el autor en el año 1906 en Neuquén (Rep. Argentina). Sus padres son chilenos. Avocindados en nuestro país desde 1916. Termina sus humanidades en el Liceo de Temuco. Recibe su título de Farmacéutico en la Universidad de Chile, el año 1927. Actualmente es profesor de la Universidad penquista.

Obras publicadas por
Belmar:

«Roble Huacho»-novela-
Editorial Cultura — 1948.
«Oleaje» — novela — Edi-
ciones «Flor Nacional» 1950
«Ciudad Brumosa» - novela
1952. «Coirón» — novela
Premio Atenea y Premio
Municipal 1952. — Edito-
rial «Zig-Zag».

Publicará próximamente
«Sonata», novela.



Nace un Río.
(crónica)

La Infancia de los Poetas.
(glosa)

Desembocadura.
(relato)

Nace un Río

Ahí, exactamente bajo el puente que une las dos mitades de Angol, la bella ciudad de Los Confines, nace un río.

Lo nutren dos disímiles corrientes. Una, el Rehue, de onda turbia y potente. La otra, el Picoiquén, clara, profunda. Vienen las aguas desde quien sabe qué distantes hontanares cordilleranos, y se escurren bajo espesas frondas de mimbreras y sauzales.

Júntanse las linfas bajo el puente, y el nuevo río —el Vergara— avanza largo trecho sin confundir en su caudal las bravías corrientes. Poco a poco, sin embargo, festones de agua turbia se deslíen en la transparencia que la flanquea pertinaz. Y más allá, bajo otros misterio-

esos doseles vegetales, el río naciente es ya un turbión cenido y sin color.

En compañía de Perico Sánchez, profesional de valer y amigo de fina cordialidad, vamos y venimos por las calles asfaltadas, claras, acogedoras. Alcanzamos hasta Huequén y El Vergel. El automóvil corre por alamedas imperiales. El viento rumea en los apretados follajes, y el sol destella en las hojas nuevas cuyos tiernos verdes levantan hacia las alturas las esencias de una tierra ubérrima.

Vamos y venimos, alijados por un instante de los

inaplazables menesteres a que nos condena lo habitual, la rutina del oficio largamente ejercido.

Y nos acodamos otra vez sobre las barreras del puente, mirando el río párvulo.

Alguien viene, un muchacho de boina, serio, melancólico.

—Es el poeta César Roa —dice Perico Sánchez—. Es hermano del pintor.

—¿De Israel Roa?

—¡Del mismo!

Y lo llama. Hay cordiales estrechones de manos. Nuestro hombre nos invita a su

casa. Nos resistimos. En breves momentos más debemos cumplir el compromiso que nos ha traído: una charla literaria en la Escuela Anexa a la Normal. El tiempo vuela. Y no obstante, accedemos a la invitación, dominados por la gota de ruego que aparece en las pupilas de nuestro nuevo amigo. Una frase suya termina de decidirnos.

—¡Vayan a ver los cuadros de mi hermano!

Y vamos. Por una calle guarnecida de acacias, un algo desolada, que contrasta singularmente con la Avenida O'Higgins desde donde arranca. "Industria", así se

llama esta calleja, y mientras caminamos César Roa nos cuenta que en ella el escritor Juan Godoy encontró algunos de los materiales de su elogiada novela "La cifra solitaria".

La casa del poeta es humilde, obscura, de muros rajados, y sin embargo ennoblecida por nutrida colección de cuadros de Israel Roa. Admiramos, entre otros, el autoretrato del artista adolescente.

César nos escancia, mientras, el vino de la amistad. Luego nos muestra sus tesoros: una carta de Gabriela

Mistral, otra de Juana de Ibarbourou, diversos artículos de prensa. Y a continuación nos lee dos o tres de sus poemas.

Hay acentos enfáticos en su voz, un trasunto de sorda amargura que nos muerde alguna escondida región del alma.

Y nos hablamos hacia adentro:

—Amigo Roa, no somos críticos de poesía ni de ninguna forma de arte. No nos compete entonces calificar su obra en gestación. Pero si no fuera usted un alto poeta, merecería serlo, por la since-

ridad, la humildad, el amor con qué usted se empeña en descubrir los celosos secretos de la creación poética.

Más tarde, hablamos en el Salón de Actos de la Anexa. Las directoras de ambas escuelas, algunos amigos de buena voluntad, varios curiosos completan el auditorio formado casi exclusivamente por alumnas de los cursos superiores de la Normal.

Hablamos, un tanto temerosos de que nuestros oyentes se distraigan o se aburran. Pero nada ocurre. Y al final, entre la juvenil muchedumbre que aplaude, alcanzamos a divisar los rostros

jubilosos de Palmenia Ross,
Ulda Salgado, María Huen-
chullán, Rosa Rivera.

Salimos. Afuera, el aire es
una copa de verdes aromas.

Angol, octubre de 1951.

La Infancia de los Poetas

A veces, muy de tarde en tarde, cuando viajo hacia el sur, especialmente en invierno, una suerte de extraña angustia me desgaja el ánimo.

Atrás van quedando los poblachos de toponimia desolada: Pailahueque, Quíllem, Pillanlelbún, Cajón.

La lluvia golpea rabiosamente los vidrios de las ventanillas, y el paisaje, opacado por la niebla, gira en brumosa vorágine. En los primeros planos voltean los árboles grises, los postes del telégrafo, las alambradas contra las cuales el viento ululante lastima y decapita los frágiles arbustos.

Corre el tren velozmente. Un triste mediodía desvanece el panorama. En los andenes inundados por rachas iracundas, ciertos hombres, ciertas

mujeres, silenciosos, extáticos, miran. A veces hay un perro. O caballos, sumisos, derrotados, recibiendo en las grupas estoicas el frío aletazo del aguacero. Puede ocurrir también que tras los vidrios de una ventana aparezca el rostro asombrado de un niño, aplastando la naricilla sobre los cristales empañados con su aliento.

Surge de pronto, entre los incansables estambres de la lluvia, ancha cinta de bruñido metal que procura oxidarse. Es el río Cautín, duro y vital, eterno, inolvidable.

Y llego a Temuco en busca de mi infancia perdida.

Mi hermano me espera cierta vez. Lo abrazo, entonces, con cariño.

—¿Cómo están ellas?—pregunto.

“Ellas” son mis hermanas.

—¡Ahí están, viviendo!

—¿Y tus chiquillos?

Ríe.

—¡Oh, crecen, y cada día con mejor apetito!

Coge mi maleta, y salimos de la estación empujados, y empujando, una muchedumbre mojada, vaheante.

—¡Vamos por Lautaro! — dice mi hermano cogiéndome el brazo.

Torcemos entonces por la vieja calle.

—¡Nada ha cambiado! — digo.

Los mismos mercados de frutas, los mismos almacencillos negros, los equívocos hoteluchos.

Me detengo un instante en la mitad de la primera cuadra. El pensamiento vuela hacia un tiempo remoto. Sí, amigos. Aquí había una casa, una pequeña casa que los años derrumbaron, una casa en donde se escuchaban los pitazos de los trenes, en donde sentíase la vibración de la barriada humilde, en don-

de nuestro Neruda adolescente nutrió las raíces y los primeros elementos de su poesía.

Mis hermanas me abrazan.
Y permanecen quietas, mirándome con tiernas pupilas humedecidas.

Por decir algo, pregunto:

—¿Qué es de tía Elvira?

Hablan entonces. Me informan de menudas cosas, de gentes que he conocido, de amigos que han muerto. Escucho distraído.

Afuera, el aluvión golpea la ciudad.

Desde el segundo piso contemplo el panorama circundante. Colándose por grietas invisibles el viento hace ondular los cortinajes. Más allá de los ventanales, la lluvia baila. Y aun más allá, por encima de las techumbres del Liceo, los vetustos "collanes" del Ñielol sacuden las enhiestas ramazones.

Mis hermanas se marchan a sus escuelas. Vago por la casa silenciosa. Revuelvo un montón de viejos papeles. El corazón me da súbito brinco. Cojo el macerado cuadernillo, ya desmenuzándose, y un mundo de ayer cobra de repente su resonancia inextinguida.

En la portada, un nombre: "Senderos". Y un subtítulo: Revista del Centro de Estudiantes del Liceo de Temuco. Y una fecha: octubre de 1922. Más abajo, un grabado en madera de Gerardo Seguel, y, glosándolo, una estrofa de Oscar Escobar:

El surtidor del Parque es
[un cristal, un lirio,
y con la luz de luna sus
[rayos son la plata:
pedrerías sus gotas, son
[brillantes de un cirio
que riman al caer su suave
[serenata...

Y pienso.

“Recuerdas, Gerardo, nuestro banco desde preparatorias en el Liceo, en aquel viejo Liceo de madera que se incendió en el verano de 1922 cuando cursábamos quinto año de humanidades?

Venías de Cholchol, de esa aldea engastada en la provincia de Cautín como una pupila ciega, y que muchas veces emergió en tu poesía con la voz sorda de sus vientos, de sus mapuches despojados, de sus amos implacables.

Vecina a las violentas
[montañas de Malalche
bajo las auroras de tan

[altas espumas,
que bajan sus mareas por las
[cuestas mojadas
junto a los ríos poderosos
[y salvajes
que en las noches profundas
[de invierno nos asaltan;
desde las lluvias eternas
[que arañan los poblados
o pasan cabalgando en los
[vientos más altivos,
desde el vasto corazón
[que en ellas vive
mi vieja infancia me mira
[fijamente.

Eras un niño apenas, un
niño pequeño y robusto de
largas melenas castañas. Vi-
vías con tus hermanas en una

casita de la Quinta Agrícola en donde tu padre era cuidador, o algo así.

Recuerdo tus mejillas curtidadas, tu estampa campesina, tus fuertes manos infantiles expertas en el labrado de la madera sin otras herramientas que un cortaplumas vetusto y un trozo gastado de lija.

Hacías con singular perfección aquellos pulidos soportes para "honda" que después nos regalabas. Eras hueraño, y cariñoso, y solitario. Solitario, sobre todo.

¿Cómo te dolería la infancia, pequeño Gerardo?

¿Recuerdas cómo, a veces, en el ardiente corazón del verano, borrachos de sol y de boscajes, nos internábamos en la espesura del Ñielol cazando avispa o mariposas, sobresaltados por el grito agorero del "chucáo"? ¿O, parados en las esquinas, mirábamos pasar a los indios mustios y entristecidos, a los vendedores ambulantes, a las murgas de los circos?

Vida pequeña, es cierto, pero vida densa, apretada, como racimos de angustia en asordinada latencia.

Ahora, ya no vives más querido amigo. ¿Quién podrá

recordarte en Cholchol? No sé. La tierra acaso, esas montañas de Malalche que esperarán eternamente el regreso anunciado:

Pero he de regresar junto
[a los ríos intrépidos,
a los bosques que, bramando,
[bajan del cielo líquido,
junto a los frondosos
[huracanes del sur,
ahora he de volver.”

Temuco, agosto de 1951.

Desembocadura

El mar entra en la bahía
por la boca boca del río
que bajando bajando bajando
baja bajando bajando bajando

El mar entra en la tierra por la ancha boca del río, y su influjo salobre alcanza hasta más allá de San Pedro, más allá de la ciudad fabril erizada de humosas chime-

neas, aun más allá, tal vez hasta La Leonera.

En la ribera norte, junto al mar, Hualpén, con su playa solitaria y traidora, con sus potreros verdes y sus cerros adustos en donde el viento, aullando, rasga las alas furiosas en los duros puñales del cardón.

En medio de la desembocadura, dos colinas de piedra redondeadas por los transparentes cinceles del tiempo, emergen de las aguas como dos senos bravíos. La marejada golpea la peña, en torno, con su eterna y agria canción de olas tenaces, llevando y tra-

yendo, infatigablemente, macizos cendales de algas patinadas por verdosos óxidos de abandono y desolación.

Hacia el sur, a dos kilómetros del mar, lejos de la hoya del río para preservarla de las inundaciones invernales, la población Boca Bío-Bío asienta sus ocho o diez destartaladas viviendas en medio de las dunas que, un poco más allá, tierra adentro, detienen su silenciosa y mortal invasión al chocar contra las primeras barreras de álamos y pinos.

A veces, en el profundo corazón del verano, bandadas de gaviotas cruzan el case-

río rumbo al mar. Sus lentas rémiges capturan furtivos destellos de sol, y en los cielos azules las blancas alas semejan deslumbrantes vilanos de armiño. Vienen desde San Vicente, o desde Talcahuano, o quizás si desde más al norte, en busca del Golfo de Arauco, de sus gruesos cardúmenes, de su vivaz y plateada multitud.

El viento sopla entonces, suavemente, haciendo volar la arena suelta. Las dunas se rizan en la superficie, en pequeñas olas quietas. Las manos de las docas estiran sus verdes dedos triangulares tratando de alcanzar

quien sabe qué extraño límite, apareciendo hasta debajo de los vientres podridos de ciertas barcas que allí en la arena se desmenuzan lentamente bajo la mordedura del sol, de la lluvia, del viento impregnado de sales destructivas.

Pero el invierno es duro y tenaz. El mar suelta sus vientos huracanados y una muralla de bruma hurta el agua a los ojos ancianos. Sólo se escucha el golpe salvaje de la marejada, y, a veces, el pitazo ululante de los barcos que cruzan el golfo rumbo a Lota o a Coronel tras el carbón.

Entre el caserío y el mar, a lo largo de la costa, otro océano agita trémulo oleaje primaveral. Son los “chochos” —los lupinos— pequeños arbustos nutridos en los senos exhaustos de las dunas, sobreviviendo allí por un milagro de adaptación, absorbiendo con sus finas raicillas el agua salobre, forjando con duros salitres la gracia amarilla de sus inflorescencias, el verde obscuro de las hojas, la dureza de los delgados tallos impregnados de resina.

Cuando sopla el viento, rumoroso temblor corre por ese apretado e infinito matorral. Las dunas se han tornado do-

radas. Hasta donde alcanzan los ojos, brillante resplandor de oro colma las pupilas, en-cegueciéndolas.

Una pequeña casa junto al mar rompe la soledad del paisaje en el mismo lugar en que los "chochos", des-perdi-gándose, alcanzan frontera con la playa. Dos viejos y un niño viven allí, en esa casa de dos puertas, una de las cuales enfrenta al caserío y la otra a un corralito en que picotean las gallinas, únicos vigilantes de las sartas de "pescadas" tendidas a secar entre los palos de la cerca.

El viejo y el niño salen, en los días apacibles, a co-

ger los peces. La vieja corta la cabeza y la cola de los pescados, los descama, los destripa, los sala, botando los desperdicios al lado de la vivienda. Un olor agrio y rancio que el viento no alcanza a diluír, atrae constantemente a cuervos y sabandijas. A veces viene un perro. Pero muere pronto, deambulando entre las dunas, tosiendo, tratando de vomitar las espinas arteras, olvidado del charqui de "pescada" que oscila al viento como rosario de tiasas banderolas.

La noche de verano ha cerrado por completo. Luces lejanas tiemblan ligeras so-

bre el mar en sombras, al otro lado del golfo. Un cielo de altas estrellas vierte sobre la tierra quieta, pálida luminosidad. Sólo se escucha el rumor del viento agitando las flores de los "chochos", y el golpe isócrono, desolado, eterno, de la resaca.

La vieja, sentada junto a la lumbre, matea en silencio. El viejo remienda redes. El niño bosteza.

El fuego se va apagando. La vieja mira la noche a través de un ventanuco.

—¡Lorenzo, mi hijito, despierte... vaya a buscar unas ramitas!

El chico tambalea. Se restriega los ojos.

—¡Sí, abuelita!

Y sale, dejando la puerta sin cerrar.

Los "chochos" son el combustible de los moradores de Boca Bío-Bío. La resina que empapa sus fibras los hace arder fácilmente sin despedir demasiado humo.

Pese al frío de la noche, el niño siente bajo los pies desnudos el calor retenido por la arena de los despiadados fustazos del sol. El rapaz corre. Cae de un salto junto a un "chocho", y empieza a quebrar los flexibles tallos.

Lo distrae de pronto la rápida, furtiva carrera de algo que huye. Olvida todo, y se interna entre los matorrales persiguiendo la fugaz aparición, alejándose cada vez más.

Los viejos continúan silenciosos. El tiempo ha dejado su huella terrosa en el pergamino de los rostros y de las manos. Los dedos temblorosos del viejo siguen tejiendo mecánicamente las bastas cadenetas. La anciana procura pensar. Hechos lejanos afloran a la superficie de la conciencia, pero se esfuman con rapidez..." un caballo muerto bajo ciertos

árboles grises... una ropa sumergida a medias, arrastrada por aguas mortales... una muchedumbre sudorosa...pero, ¿dónde? "...Los recuerdos se han transformado en trémulos celajes, como olas vistas a través de los fluídos estambres hilados de la lluvia. Existió, es cierto, pero hace ya largo tiempo, la culminación de esa vida. Ahora el corazón ya no guarda el anhelo, es una criptógama ciega creciendo inconteniblemente hacia la destrucción.

—¡¡No se muevan!!

Tres hombres han entrado bruscamente, tres girones de

noche condensados en amenazantes negruras, tres bandoleros enmantados, terribles en su silencio.

La vieja se alarma. El gesto del viejo es de asombro. El bandido que hace de jefe, retaco y macizo, levanta el borde de la manta con el cañón recortado del "choco" apuntando al anciano. Aparecen los pantalones de pana estrechados sobre ciertos zapatos de cuero blanco sin desbastar. En las sombras apenas desleídas por el humoso lamparín que cuelga junto a la ventana, reluce extrañamente el albo pelaje del calzado.

La voz del bandido rompe la tensión:

—¡A ver, abuelo... vaya soltando los realitos!

—¿Realitos?... ¿Qué realitos?

El bandido se enfurece.

—¡No te hagas el zorro rengo! ¡Mejor será que entregues la plata por las buenas!

—Pero, ¡están locos!... ¿qué plata, por Dios?

La voz del jefe sale filtrada por el embozo. Los otros bandidos son silenciosas sombras expectantes.

—¿Te figuras que no sé que vendiste la casa de San

Pedro?... ¡Y qué tanto palabreo! ¡Ya, carajo, suelta la plata!

Lleva la carabina a los ojos, haciendo chasquear el gatillo. El viejo tiembla.

—¡Pero si no tengo ni un veinte! Entregué a mi hijo toda esa platita, a mi hijo Antenor, el que vive en Lota...

El bandido mira a sus acompañantes, y hace brusco movimiento de cabeza; éstos echan las mantas hacia atrás, mostrando las manos desarmadas. Antes que amarren al anciano se alcanza a es-

cuchar la voz cascada de la vieja:

—¡Bastante apurados deben andar, ya que vienen a saltar a los pobres!

El rapaz, escondido al lado afuera de la puerta, ha escuchado las palabras de la abuela. La arena silenció el regreso de sus pasos y ahora, vacilante, atemorizado, siente que un temblor irremediable le recorre el espinazo. De pronto, una idea cruza fugaz por su mente, y se aleja en puntillas, sin hacer el menor ruido. Una vez emboscado entre los “chuchos” echa a correr hacia el caserío. Siente el corazón

que salta, adentro, como pájaro enloquecido. Repecha las dunas por una senda apenas insinuada en el matorral, sin reparar en el elástico ramaje que le araña el rostro.

Golpea precipitadamente una puerta. Grita:

—¡Padrino Romero!... ¡¡Padrino Romero!!

Se descorre una tranca. Asoma un rostro hirsuto.

—¡¡Están salteando la casa, padrino!!

Tras brevísimo instante una sombra decidida salta hacia afuera, y corre veloz-

mente por entre los "chuchos". El niño la sigue a duras penas, jadeando.

El padrino Romero, Eleodoro Romero, ex-cabo de Marina, vive desde hace años en Boca Bío-Bío. Por haber desobedecido las órdenes de un teniente timorato en una de las acciones de la revolución que derrocó al Presidente Balmaceda, los jefes de la Armada lo llamaron a retiro. Era peligroso un hombre como él, revoltoso, indisciplinado. El cabo Romero, herido en lo íntimo, no quiso aceptar el montepío que le ofrecieron. Se recogió en la casa paterna, en Boca Bío-

Bío, en donde vive con la madre anciana, cultivando hortalizas y desempeñando las hipotéticas funciones de juez de distrito.

Ahora corre en la noche, apenas vestido con pantalones; la falda de la camisa revuela hacia atrás como bandera al toque de calaverda mientras que, apretado entre las manos poderosas, el máuser despide apagados y trágicos destellos al trémulo fulgor de las estrellas.

Luego, a diez metros de la casa, escondidos entre los "chochos", atisban por la puerta sin cerrar el mísero

interior. Todos los trastos aparecen diseminados y volcados, removidos por la furiosa búsqueda del dinero. Los dos ancianos permanecen en un rincón, medrosos, intimidados, ceñidos por fuertes ligaduras.

El de los zapatos blancos contempla con ojos airados al viejecillo. Con voz rechinante ordena a los compinches:

—“¡Patraquéenlo!”

La palabra bárbara ha hecho caer el embozo. Aparecen unos bigotes de color de cobre en un rostro blanquecino sembrado de pecas ber-

mejías, un rostro inexpresivo, de labios pálidos, un rostro de bandido aprendiz.

El registro no da resultado. El bandido anda de allá para acá, nervioso. Uno de los compañeros susurra quedamente:

—Debe haber enterrado la plata...

El jefe se detiene. Mira de pronto, fijamente, el techo. Grita:

—¡Colguémoslo en esta viga, por los pies! A ver ahora si...

En el mismo instante el rapaz aleccionado por el padrino lanza un puñado de

arena contra los vidrios de la ventana, y vuelve a ocultarse veloz entre los "chochos".

En la puerta asoma el rostro sorprendido del bandolero. Espera un momento, tratando de avizorar la noche. Avanza pegado al muro, la carabina tendida entre los brazos cautelosos.

De pronto, deslumbrador fogonazo hiere las pupilas del chiquillo, proyectando fugaz lumbrarada en el contorno inmediato. El bandido aparece por brevísimo tiempo como negro insecto clavado en la muralla por la flecha ardiente del disparo. Luego,

cae la carabina de los brazos sin vida, y el hombre se desploma hacia adelante, sin un grito, vacilando trágicamente en el aire, muerto.

El padrino Romero se ha convertido en demonio. Salta de “chocho” en “chocho”, disparando sin cesar. La noche se llena de relámpagos, y el quemante olor de la pólvora rasguña la garganta del niño.

Repentinamente, entre los disparos, se escucha el apagado tropel de una huída apresurada por la arena. Son los otros asaltantes que se han escapado por la puerta del corral, dos manchas oscuras

que corren, desaladas, en demanda de los "chochos" y de la salvación.

Cae uno más bajo la puntería implacable del padrino. El otro logra alcanzar el matorral y se pierde en la noche protectora.

—¡Caramba, don Vicho, ¿no?! ...¡Caramba con el cabo Romero! ¿No?

¡Por la putita!

¡Aguaita, mire, ésto era lo que yo quería!

Y antes de desatar a los ancianos el padrino Romero agita triunfalmente la carabina recortada —el "choco"— del bandido muerto.

Mientras desamarra a la anciana, continúa:

—¡Caramba! ¡Se la gané, no más! ¡Lo pillé mansito! ¡No?

Hay un gesto de regocijo casi infantil en el rostro tostado del ex-cabo. Alto, cenecño, de hombros poderosos, el padrino Romero parece tallado a cincel en roca viva. Todo él desprende hálito de fuerza, de vitalidad, incontenible emanación de hombría y despreocupado valor. El rapaz y los dos viejos contemplan con ojos brillantes la recia estampa del salvador alegre y dicharachero.

Al salir del rancho el viento voltea la llama del lamparín amenazando apagarla. El ex-cabo la protege con una mano extendida, y se inclina sobre el hombre muerto. Sus ojos atónitos lo recorren desde la cabeza hasta los pies. Repara en los extraños zapatos blancos.

—¡Aguaita, don Vicho, aguaita! ¡Por la putita! ¡Yo conozco a este “peine”! Le decían “Paso Nevado”, era cochero en Concepción. Y ahora metido a salteador... Caramba, ¿no? ...¡Y aquí te llegó, no más! Mañana, don Vicho, vamos a tirar a éste y al otro, de albita, por allá

lejos, en medio de los "chochos", tal como están, sin tocarles ni un pelo... Los llevamos en mi carreta, ¡y esta boca es mía!... ¿no?

El viento agita los "chochos". Trémula palpitación corre por la vasta superficie amarilla. Nada rompe su triunfal espesura. Sólo, durante algunos días, negra y elástica granizada de jotes rondó cierto lejano lugar, subiendo y bajando, describiendo lentas y airoas espirales.

Después, nada. Nada sino el viento incesante, el viento salino del mar rizando la ca-

bellera dorada de los "chochos", lamiendo los torsos morenos de las dunas.

D. B.

INDICE

Página 11:

NACE UN RIO

Página 21:

LA INFANCIA DE LOS
POETAS

Página 35:

DESEMBOCADURA

De la presente Colección
se han impreso:

- 1 LECHE DE BURRA
Nicomedes Guzmán.
- 2 PIRATAS DEL DESIERTO
González Zenteno.
- 3 DESEMBOCADURA
Daniel Belmar.

EDICIONES
RENOVACION AL
SERVICIO DEL
ESCRITOR



*PORTADA de Manolo
Segalá.*

*VIÑETA de Luis Cortés
H.*

DESEMBOCADURA fué im-
preso en la Imprenta ROA,
Vergara 324, fono 84462,
Santiago de Chile.

